

Doblò Ricardo la carta,  
 Juan la llevó con empeño  
 A las manos de Denisa,  
 Que se hallaba en su aposento.

Nosotros despues la vimos  
 Acariciarla en su seno,  
 Y dejar en sus renglones  
 El aroma de sus besos.

## IX

Raudas cruzan las horas en el mundo  
 Cuando se pasan en alegre orgía;  
 Mas lentas corren si el dolor profundo,  
 A nuestra vida mezcla su ironía.

Denisa conociendo su inconstancia  
 A Ricardo escribió tierna y concisa.  
 "Al toque de la oracion ven á mi estancia,  
 "Ven que te espera la infeliz Denisa"

A su vista son siglos los instantes  
 Que así retardan su postrera cita:  
 Sus ojos vagan trémulos y errantes,  
 Su corazon con inquietud palpita.

Espléndido el festin que la rodea,  
 No turba de su pecho el aislamiento;  
 El blanco velo que en su frente ondea  
 Velar parece su hondo pensamiento,

La hora, por fin, de las tinieblas llega,  
 Y á su cámara régia se retira:  
 No con su llanto las alfombras riega,  
 Que en torno suyo indiferente mira.

¡Cuán bella está! En su blonda cabellera  
 Forman las perlas caprichosos lazos,  
 Sus pies apoya en la mullida estera  
 Cruzando altiva sus redondos brazos.

¡Cuán bella está! Su tinte de alabastro  
 Contrasta con el fuego de sus ojos,  
 Lleva en la frente del insomnio el rastro;  
 Pero sus labios se conservan rojos.

De cuando en cuando lívida sonrisa  
 Vaga en su boca apenas entreabierta,  
 Y su mirada lánguida, indecisa,  
 Fija con estupor sobre la puerta.

De repente su linda camarista,  
 Del duque anuncia la fatal presencia:  
 "Que pase" dice; y su impacible vista  
 Brilla con el furor de la demencia.

De su ropaje al separar los pliegues  
 Dice con eco de dolor sombrío:  
 "Tarde vendrás, Ricardo, cuando llegues  
 Te encontrarás con mi cadáver frío!"

Penetra en tanto el duque enamorado  
 Aquel lujoso y místico aposento:

Corre á ponerse de su esposa al lado,  
Y ella se para con furor sangriento.

Al mismo tiempo saca de su seno  
Oculta daga que su mano abraza  
Y otra Lucrecia con valor sereno,  
Su corazon con el acero pasa.

Al ver brillar el afilado acero,  
Se acerca el duque en amoroso alarde,  
Y en grito penetrante y lastimero;  
¡Tente! le dice; pero ya era tarde.

Rueda Denisa en la mullida alfombra,  
Con el cuello y el rostro ensangrentados:  
En sus angustias á Ricardo nombra,  
Entreabriendo sus ojos apagados.

El toque de oracion de pronto suena,  
Hiriendo sus oidos levemente,  
Y una sonrisa de dolor serena  
Quema sus labios con pasion ardiente.

Al mismo tiempo que el adusto conde,  
Entra Ricardo por la parte opuesta,  
Un ¡ay! arrojan, al que no responde  
Mas que el eco perdido en la floresta.

A la luz que la lámpara despide  
Abre sus ojos la infeliz Denisa;  
El triste grupo que la cerca mide  
Con mirada terrífica, indecisa.

Duque, murmura, con astucia innoble,  
Habeis triunfado de mi orgullo necio:  
Infame sois con máscara de noble,  
A orillas del sepulcro, yo os desprecio.

Mas no á la fosa llevaré mi encono;  
Que me abandona la existencia siento...  
Dios os perdone como yo os perdono...  
Muero para cumplir mi juramento.

«Ricardo, tuya bajaré á la tumba,  
«Jamás mi corazon infiel te ha sido;  
«¡Mi juventud marchita se derrumba...!  
«¡Adios, padre infeliz, perdon te pido!»

Ricardo al duque con furor se lanza,  
Mas Denisa le dice congojosa,  
«Nada de odios, nada de venganza,  
Porque su muerte manchará mi fosa.»

Entónces él la furibunda espada,  
Clava en su pecho con dolor sombrío:  
—«¡Al menos moriré junto á mi amada!»  
Dice, cayendo sobre el mármol frío.

## X

Poco tiempo despues, bajo de un sauce,  
No lejos de una fuente cristalina,  
Que se arrastraba en su florido cauce,  
Sobre la arena fina;

Mirábase, al pasar, la triple fosa  
De Denisa, del conde y de Ricardo:  
Lloraba allí la tórtola quejosa,  
Y suspiraba el nardo.

Por la mañana al toque de la aurora,  
La tumba que guardaba á sus señores,  
Coronaba la linda labradora  
Con lágrimas y flores.

Desde que el conde sucumbido habia,  
Al horrible dolor de su hija muerta,  
El antiguo castillo se veia  
En soledad desierta.

El tiempo compañero de la muerte  
De musgo coronaba sus almenas;  
Y allí la araña infatigable y fuerte  
Colgaba sus cadenas.

Una mañana, al despuntar el día,  
Llegó un anciano á la desierta fosa,  
Su frente estaba pálida y sombría,  
Su pupila llorosa.

Se hincó sobre la yerba humedecida  
Y en la gabeta reclinó su frente:  
Próximo á desprenderse de la vida  
Era sombra viviente.

¡Pobre duque! Vejez anticipada  
Emblanqueció el color de sus cabellos;

No era el jóven de vívida mirada,  
De ojos y labios bellos.

En aquella postura le halló el día,  
Sin hacer el mas leve movimiento,  
En sus blancos cabellos se cernia

El matutino viento.  
Las ondas del arroyo cristalino  
Ya el sol bañaba con su luz radiosa  
Cuando acertó á pasar un campesino

Por la fúnebre fosa.  
Al ver al duque inmóvil, inclinado,  
A tocar se acercó su rostro yerto;  
Mas al instante se alejó, espantado

¡El duque estaba muerto!

De su conciencia la incansable queja  
Le siguió hasta la muerte en sus recintos:  
Tal es el fin del que arrastrar se deja

Por sus malos instintos.

## A LA LUNA.

En el espacio suspendida te hallas  
Como brillante lámpara de luz;  
Ves en la tierra lo que pasa y callas,  
Mudo testigo del espacio azul.